

CAPITULO IV.

TERRIBLE MATANZA.—SE RESTABLECE LA TRANQUILIDAD

—REFLECCIONES SOBRE LA MATANZA.—

LO QUE SE HIZO DESPUES DE ELLA.—ENVIADOS

DE MOTEUCZOMA.

(1519).

Al primer albor de la mañana se ya vió á Cortés montado á caballo, dirigiendo los movimientos de su reducido ejército. El cuerpo de sus tropas lo colocó en el gran átrio que les servia de cuartel que, como ya hemos dicho, estaba rodeado en parte por algunos otros edificios, y en parte por una pared alta: habia tres puertas ó entradas, en cada una de las cuales colocó una fuerte guardia para defenderlas: el resto de las tropas y la artillería, estaban fuera de aquel recinto, para custodiar las avenidas é impedir que se interrumpiese la sangrienta obra que debian ejecutar los de adentro. La víspera se habia dado

orden á los gefes tlaxcaltecas de que estuviesen listos á acudir á la ciudad, luego que se les hiciese una señal convenida.

Ya todas estas disposiciones se habian completado, cuando llegaron los caciques cholultecas, trayendo un número de *tamanes* aun mayor que el que se les habia pedido. Se les hizo entrar á todos de un golpe, al patio donde estaba oculta la infantería española; mientras, Cortés, llamando aparte á algunos de los caciques, les echó en cara con semblante muy airado y ásperas palabras, la conspiracion que habian tramado contra él y de cuyos pormenores les informó enteramente. Dijo que habia venido á la ciudad, invitado por el emperador: que se habia conducido como amigo: habia respetado á los habitantes y sus propiedades: que para alejar todo motivo de resentimiento habia dejado estramuros de la ciudad, á una gran parte de sus tropas: que le habian fingido benevolencia y hospitalidad, para hacerle caer en la trampa y ocultar bajo aquel disfraz la mas negra perfidia.

Los cholultecas se quedaron estupefactos, como si los hubiera herido un rayo, al ver todo esto. Un terror indefinible se apoderó de sus almas: miraban á aquellos misteriosos extranjeros y creian estar en presencia de seres sobrenaturales que tenian poder para adivinar los pensamientos, no bien los habian ellos concebido. Con semejantes hombres no quedaba

el recurso de mentir ni el de negar: confesaron todo de plano, escusándose á sí mismos é inculpando á Moteuczoma. Cortés, tomando un aire de violenta indignacion, les replicó que aquella escusa, aun cuando fuese cierta, de nada les serviría: que iba á hacer al punto tal ejemplar, que la noticia de él se difundiese por todo el Anáhuac.

Entonces se dió la fatal señal, la descarga de un arcabuz: en un solo instante se dispararon todos los arcabuces y ballestas contra los infelices cholultecas encerrados en el átrio, los que cayeron en gran número, pues estaban apiñados como un rebaño de ovejas, en el centro de aquel. Sorprendidos súbitamente, por que no habian oido nada del diálogo que habia pasado afuera, no hicieron casi ninguna resistencia contra los españoles, los cuales descargaron luego su artillería y se precipitaron con las espadas sobre los indios: como el cuerpo de éstos estaba medio desnudo, los derribaban mas fácilmente que el rudo aquilon troncha las espigas del trigo en la estacion de las mieses. Algunos indios intentaron escalar las paredes; pero con esto, lo que únicamente consiguieron fué presentar un blanco seguro á los arcabuces y archeros: otros se precipitaron sobre las puertas; pero fueron recibidos por las largas picas de los que las custodiaban; finalmente, unos pocos juzgaron mas seguro sepultarse bajo los cadáveres de los muertos que cubrian el suelo.

Mientras esta obra de muerte se consumaba en el interior del cuartel, los compañeros de los asesinados, al estrépito de aquella carnicería acudieron en gran multitud é intentaron atacar furiosamente á los españoles que estaban afuera; pero Cortés habia dispuesto sus cañones de modo que dominasen todas las avenidas; por lo que, luego que se acercaban los acometedores, largas filas de ellos eran arrebatadas por las balas. En el intervalo empleado para cargar las armas de fuego, que en aquel estado imperfecto de la ciencia, era mucho mayor que en nuestros dias, obligaban á los indios á retroceder, dándoles una carga impetuosa con la caballería. Los caballos, los cañones y las armas de los españoles, todo cogia de nuevo á los cholultecas; no obstante la novedad de aquel terrible espectáculo, el estrépito de las armas de fuego, y el mortífero trueno de la artillería, cuyo fuego reverberaba en las paredes, los indios desesperados acudian impacientes á ocupar el puesto de los que caian.

Mientras este pasaba, los tlaxcaltecas que habian oido la señal convenida; avanzaban sobre la ciudad á paso acelerado. De órden de Cortés se habian ceñido en la cabeza coronas de esparto para poder distinguirse facilmente de los cholultecas. ¹ Lle-

¹ Usaron los de Tlaxcala de un aviso muy bueno que les dió Hernando Cortés para que fueran conocidos, y no morir entre los enemigos por yerro, porque sus armas y devisas eran casi de una

garon en lo mas empeñado del combate; así es que los de la ciudad, acometidos por la caballería cristiana por una parte, y por sus vengativos enemigos por la otra, no pudieron resistir por mas tiempo y retrocedieron, refugiándose unos en algunos edificios de madera, á los cuales se puso fuego; otros, en los templos, y la mayor parte dirigiéndose en procesion, presidida por los sacerdotes, al templo mayor. Era una tradicion popular, de que ya hemos hecho mencion. que quitando cierta parte de los muros de este templo, debia el dios enviar una inundacion que envolviese á sus enemigos. Gran trabajo costó á los supersticiosos cholultecas, remover algunas de las piedras que formaban las paredes del edificio; pero ni polvo ni agua salió de allí: su falso dios los abandonó en el momento en que mas habian menester de su ayuda. Desesperados al ver esto, huyeron á los torreones de madera que coronaban á los templos, y desde allí descargaron sobre los españoles al subir éstos por una escalera de ciento veinte escalones, hecha en una de las caras del pirámide, una lluvia de piedras, javelinas y flechas ardiendo; pero los cascos de acero de los cristianos los preservaban completamente de todo daño, mientras que las saetas abrasadas les sirvieron para

manera.... y así, se pusieron en la cabeza unas guirnaldas de esparto á manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad, que no fué pequeño aviso. Camargo, op cit.

prender fuego á aquella ciudadela de palo, que en poco tiempo quedó devorada por las llamas.

No obstante esto, la guarnicion no la abandonaba: cuentan que á pesar de que los españoles les daban cuartel, solo un cholulteca se acogió á él; el resto se precipitó de cabeza desde lo alto del parapeto, ó pereció entre las llamas. ¹

Todo era confusion y estrépito en la hermosa ciudad que un momento antes dormia en segura paz. Los quejidos de los moribundos y las súplicas lastimeras de los vencidos que imploraban perdon, se confundian con el ronco grito de guerra de los españoles, y el chillido penetrante que lanzaban los tlaxcaltecas al satisfacer su inveterado rencor contra sus antiguos rivales. Aumentaba el tumulto el incesante estallido de los mosquetes y el zumbido de las balas, y las llamaradas de las armas de fuego, ofuscaban la luz del sol: todo esto formaba un horrible conjunto de sonidos y de espectáculos, que convertian la Ciudad Santa en un *Pandemonium*.

Luego que cesó la resistencia, entraron los vencedores en las casas y templos y saquearon cuanto habia en ellos de valor: plata, joyas, vestidos y víveres; estos últimos objetos eran codiciados de los tlaxcaltecas aun mas que los primeros, con lo que

¹ Id. Oviero, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4, 45. Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 4 cap 40. Ixtlilxochitl, Hist. Chich MS, cap. 14. Gomara, Crónica, cap. 60.

fué fácil la repartición del botín. Es cosa digna de notarse, que ni aun en medio de este desenfreno universal se desobedecieran las órdenes de Cortés, llevándose este respeto hasta el extremo de no tocar á una mujer ni á un niño, bien que muchas mujeres, niños y hombres, fueron hechos prisioneros para ser llevados en cautiverio á Tlaxcalan. ¹ Estas escenas de violencia duraron algunas horas, hasta que Cortés movido de las súplicas de algunos gefes cholultecas que habian sido preservados de la matanza, á las que unian sus instancias los enviados de Moteuczoma, pero, segun dijo, sin hacer caso de estas últimas, mandó reunir á los soldados y puso como lo mas que pudo, á ulteriores excesos: tambien se permitió á dos de los caciques ir á ofrecer á sus compatriotas el perdon, con tal de que volviesen á la obediencia de los españoles.

Estas medidas surtieron todos sus efectos. Costó gran trabajo á Cortés y á los caciques poner término al tumulto; pero por último, los españoles y los tlaxcaltecas, reunidos bajo sus banderas respectivas y los cholultecas flados en los ofrecimientos de sus gefes, se volvieron gradualmente cada uno á sus hogares.

El primer acto de autoridad que ejerció Cortés

¹ "Mataron cosa de seis mil personas, sin tocar á niños ni mujeres, porque así se les ordenó." Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 7, cap. 2.

sobre los tlaxcaltecas ¹ fué obligarles á que libertasen á los cautivos; pero tal era la deferencia que guardaban al comandante español, que consintieron en ello, aunque no sin murmurar; y se contentaron, á mas no poder, con el rico botín que les habia tocado y que consistia en varios objetos de lujo, de que hacia mucho tiempo carecian los aliados. Lo primero de que cuidaron, fué de limpiar la ciudad de todos los horribles objetos que la afeaban, particularmente de los cadáveres amontonados en las calles y plazas. El general, en su carta á Carlos V, regula en tres mil el número de los muertos: otros lo hacen subir á seis mil, y algunos á mucho mas. Como el mas anciano y principal cacique era de este número, Cortés ayudó á los cholultecas á instalar al que debia sucederle. La confianza pública fué restableciéndose gracias á estas medidas pacíficas. Las gentes de los alrededores de la capital, acudieron á reemplazar á los que habian muerto: se volvieron á abrir los mercados y comenzaron de nuevo las ocupaciones de una sociedad arreglada é industriosa. Con todo; las largas filas de negras y humeadas ruinas indicaban el

¹ Bernal Diaz, Hist. de la conq., cap. 83. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., ubi supra.

² Bernal Diaz, ubi supra.

Segun Bustamante, todavía viven en Puebla los descendientes del principal cacique cholulteca. V. Gomara, Crónica, traduccion de Chimalpain (México, 1826.) tomo I, pág. 89.

huracan que acababa de devastar á la ciudad; y las paredes adyacentes á la plaza mayor que aun existian cincuenta años despues de la conquista. daban un triste testimonio de lo que fué la matanza de Cholula.¹

Este lance es uno de los que han echado una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No es posible en este siglo; contemplar sin horror la suerte de esta ciudad floreciente, invadida

[Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 66. Camargo, Hist. de Tlaxcalan. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 84. Oviedo Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 4, 45. Bernal Diaz, cap. 83. Gomara, Crónica, cap. 60. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

Las-Casas, en su tratado impreso, sobre la destruccion de las Indias, adorna la narracion de estos sucesos, con pormenores que los hacen mas espantosos todavía. Segun dice, mandó Cortés que fuesen empalados cien caciques ó mas. A esto añade, que mientras se verificaba el degüello en el interior del átrio, el general español cantaba una copla de un antiguo romance español, donde se describe el regocijo de Neron al ver las incendiadas ruinas de Roma:

Miró Neron de Tarpeya,
A Roma como se ardia,
Gritos dar niños y viejos,
Y él de nada se dolia.

[*Brevísima relacion, pág. 46.*]

Si la memoria no me engaña, juzgo que es el primer ejemplo de una persona que ambiciona ser comparada con aquel emperador. Bernal Diaz que leyó la interminable relacion (como él la llama) del obispo Las-Casas, la trató con mucho desprecio. La narracion que hace este mismo Bernal Diaz, y que es la que principalmente, he seguido en el testo, está confirmada por los misioneros, que muy poco despues de la conquista estuvieron en Cholula y averiguaron los hechos, valiéndose de los sacerdotes indios y de otros testigos presenciales de la matanza, que todavía vivian; además, que sus

hasta el corazon por una soldadesca grosera y brutal. Mas para juzgar el acto debidamente, trasportémonos á aquellos tiempos. La dificultad que encontramos para justificarlo, depende en último resultado, de la que hay para justificar el derecho de conquista; pero recordemos que la infidelidad era entonces, y aun mucho tiempo despues, tenida por un pecado que debia castigarse con la hoguera y la tortura en este mundo, y la eterna condenacion en lo futuro; y no importaba que esa infidelidad fuese hija de la ignorancia ó de la educacion, hereditaria ó adquirida, herética ó pagana: todo era lo mismo. Esta doctrina, por monstruosa que sea, era el credo de todo el mundo romano, ó en otras palabras, de todo el orbe cristiano: era la base de la Inquisicion y de todas las demas persecuciones religiosas, que entonces y otras veces, han manchado los anales de casi todas las naciones de la cristiandad.¹

tancialmente está corroborada por la autoridad de los otros escritores de la época. El excelente obispo de las Chiapas, escribió su obra con objeto declarado de escitar las simpatías de sus compatriotas en favor de los oprimidos indios. ¡Generoso intento! pero que muy á menudo ha desviado su pluma de la estrecha senda de la imparcialidad histórica. No habia sido testigo presencial de los sucesos, y estaba siempre propenso á acojer crédulamente todo lo que hacia á su propósito y á recargar sus cuadros con tantas escenas de sangre y esterminio, que de puro extravagantes y esageradas sus noticias, traen su refutación consigo mismas.

¹ Para mayor aclaracion acerca de la observancia que hago en el testo, refiero al lector, á las últimas páginas de mi "Historia de Fernando é Isabel," donde he impenido algun trabajo para manifestar cuán arraigadas estaban estas convicciones en el pecho de los

Segun este código, las tierras de los infieles eran consideradas como una especie de terreno baldío, que á falta de legítimo propietario podia ser reclamado y poseido por la Santa Sede, y como tal podia ser dado libremente por el gete de la Iglesia al potentado á quien quisiese y que tomase por su cuenta el trabajo de la conquista.¹ Así, Alejandro

españoles, en la época á que nos estamos refiriendo. El mundo ha ganado poco en liberalismo despues del Dante, el cual habia confiado á uno de los astros de su "Infierno", á todos los hombres grandes y buenos de la antigüedad, por la sola culpa (no suya, ciertamente) de haber venido al mundo demasiado temprano. Los memorables versos que están á continuacion, son, como tantos otros del bardo inmortal, una prueba de lá fuerza y debilidad del espíritu humano, y pueden citarse como un ejemplo concluyente de lo que eran los sentimientos populares al principios del siglo XVI.

"Ch'ei non peccaro, e, s'egli hanno mercedi
Non basta, perch' e' non ebber battesmo,
Ch'é porta della fede che tu credi.
E, se furor dinanzi al cristianesimo,
Non adorar debitamente Dio,
E di queste cotai son io medesimo.
Per tal difetti, e non per altro rio,
Semo perdutti, e sol di tanto affesi,
Che sanza speme vivemo in dizio.

Infierno, Canto id.

1 De la misma manera que las leyes de Olero, el código marítimo de tanta autoridad en la edad media, abundaba la propiedad de los infelices, equiparada á la de los piratas, á los verdaderos creyentes. "S'ilz sont pyrates, pillleurs, ou escumeurs de mer, ou Tures, et autres contraires et ennemis de nostre dicte foy catholique, eha eun peus prendre sur telles manieres de gens, comme sur chiens et peut l'on les derrobber et spolier de leurs biens sans pugnition. C'est le jugement." Juicios de Olero, art. 45, en la colección de las leyes marítimas por J. M. Pardessus. Paris, 1828, tomo I, pág. 351.

VI, donó generosamente una gran porcion del emisferio oriental á los españoles y la otra á los portugueses. Estas encumbradas pretensiones de los sucesores del humilde pescador de Galilea, no eran puramente nominales; que por el contrario, se las invocaba y reconocia como decisivas en las disputas entre las naciones.¹

Juntamente con este derecho venia la obligacion, en la cual se fundaba aquel, de rescatar á las naciones que vivian en las tinieblas del paganismo, de la perdicion eterna que les aguardaba. Semejante obligacion estaba reconocida por todos los buenos y los valientes: la reconocia el monge en su claustro, el misionero en sus predicaciones, el soldado en sus cruzadas. Por muy adulterado que haya sido el sentimiento de este deber por consideraciones mundanas y por la ambicion y la codicia de las cosas terrenales, aun era aquel sentimiento vivo y fuerte en el corazon del conquistador cristiano. Ya hemos visto que en Cortes ese sentimiento superaba con mucho á todas las consideraciones temporales. La concecion del Papa, fundada en la condicion de

1 La famosa bula de particion, sirvió de base al tratado de Tordesillas, por el cual fijaron los monarcas portugueses y castellanos, los límites de las tierras descubiertas por unos y otros; por cuyo tratado el vasto imperio del Brasil quedó cedido al primero, no obstante que los españoles lo habian poseido antes. Véase la historia de Fernando é Isabel, parte 2, cap. 1g; parte 2, sup. 9, últimas páginas de uno y otro capítulo.